

La historia es la esperiencia, la esperiencia la sabiduría: los de corazon sencillo y bueno, leed y aprended; los de corazon corrompido, temblad al poder incontrastable, absoluto, terrible, que ha impuesto á cada falta, á cada crimen, á cada perversion su castigo inevitable; ese poder absoluto que no tiene compañero ni necesita estraña fuerza, porque solo él es fuerte, Dios.

Negadle y escarnecedle en buen hora, no importa, peor para vosotros; lo que es necesario que sea será inevitablemente: el dia en que os veais vencidos, por tierra, despedazados por los cascos de los caballos, no busqueis vuestro vencedor sino en ese poder eterno, inevitable, invariable: él no ha querido que sea lo que no puede ser.

## LIBRO QUINTO.

### LA INGRATITUD.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA SITUACION EN QUE SE ENCONTRABAN LOS PERSONAJES DE ESTA VERÍDICA HISTORIA.

I.

Durante los tres años que hemos recopilado en el último capítulo del libro anterior, la situación de nuestros personajes había cambiado muy poco. El Sin nombre, esto es, el conde don Lope Diaz de Haro, encubierto siempre, siempre desconocido, había acompañado á la reina con la compañía franca de los Hermanos de la Selva, adherido siempre á su hermano don Diego Lopez de Haro, que estaba dominado por él con un terror supersticioso, é influido de tal manera, que no podía temerse hiciese traicion á la reina, no ya cuando le importaba servirla por la posesion del señorío de Vizcaya, que tenía á causa de la rebelion del infante don Juan y de su esposa doña María de Haro, á quien como hija de don Lope correspondia de derecho el señorío, sino despues de la su- mision del infante don Juan al rey, cosa que había sabido muy

CAPITULO PRIMERO.

DE LA SITUACION EN QUE SE ENCONTRABAN LOS PERSONAJES DE ESTA VERÍDICA HISTORIA.

I.

Durante los tres años que hemos recopilado en el último capítulo del libro anterior, la situación de nuestros personajes había cambiado muy poco.

El Sin nombre, esto es, el conde don Lope Diaz de Haro, encubierto siempre, siempre desconocido, había acompañado á la reina con la compañía franca de los Hermanos de la Selva, adherido siempre á su hermano don Diego Lopez de Haro, que estaba dominado por él con un terror supersticioso, é influido de tal manera, que no podía temerse hiciese traicion á la reina, no ya cuando le importaba servirla por la posesion del señorío de Vizcaya, que tenía á causa de la rebelion del infante don Juan y de su esposa doña María de Haro, á quien como hija de don Lope correspondia de derecho el señorío, sino despues de la su- mision del infante don Juan al rey, cosa que había sabido muy

mal á don Diego, porque de esperar era que el infante don Juan no se contentase con las villas y castillos que el rey habia dado á doña María de Haro en compensacion del señorío de Vizcaya, sino que pidiese este, que era mas importante; como que era el mas fuerte señorío de la corona de Castilla, y constituia á su poseedor casi casi en una testa coronada.

## II.

Don Diego Lopez de Haro no podia darse cuenta de quién era el Sin nombre: creia por una parte que era su hermano, y por otra tenia tales pruebas de la muerte del conde don Lope, que no podia creer en su existencia.

Teníale unas veces por el alma en pena de su hermano, que las supersticiones religiosas de aquel tiempo bien daban lugar á ello; otras, que era algun personaje muy enterado de la historia del conde don Lope, y que tenia con él, en el aspecto, en la altivez, en el carácter, algo de muy semejante.

La verdad era que el conde don Lope se habia constituido para su hermano en un sér fantástico, en un sér misterioso que ejercia sobre él una omnímota influencia, hasta el punto de que á nadie ni aun á sus deudos mas cercanos habia revelado don Diego lo que sentia y lo que creia acerca del Sin nombre.

Estaba completamente sometido á él, y si algunas veces don Diego se sobreponia á aquella influencia y se bastardeaba algo en el servicio de la reina, don Lope, como con un poder mágico, le atraia otra vez y le sujetaba á su voluntad.

Muchas veces durante aquella larga campaña se veia á los dos capitanes, el uno con su hábito benedictino ó con su sobrevesta de luto, el otro con su ostentoso ropon talar de rico hombre, paseando por lugares solitarios, lejos de los campamentos, cuando permitia apartarse de ellos la posicion del enemigo, ó ya el uno en la tienda del otro, encerrados y hablando largamente.

Se les tenia, pues, por muy buenos amigos, juzgando como

siempre se juzga por las apariencias; pero la verdad era que don Lope mandaba y don Diego obedecia, que don Lope imponia y don Diego temblaba.

La reina veia con mucha frecuencia á don Lope, consultaba con él, y podia decirse que era su amigo oculto.

El rey habia acabado por eliminarse de la influencia de don Lope, porque el violento carácter de Fernando el IV no sufría bien las severas amonestaciones de don Lope; y gracias á que guardaba el secreto de su existencia por no sabemos qué temor supersticioso.

En cuanto al rey, se agradaba mucho mas del infante don Enrique y del infante don Juan y de don Juan Nuñez de Lara, que en nada le contrariaban, llevándole siempre el humor, y buscando á porfía ocasiones de complacerle.

Zayda Fatima, triste, apenada, cada dia mas infeliz por su amor imposible, tenia un confidente y un fuerte amparador en el conde don Lope.

## III.

El infante don Juan no habia prescindido de su grande empeño por Zayda Fatima, empeño convertido en pasion, y que equivalia para él tanto como el logro de una corona.

Don Ayesa-ben-Tayde y don Jonás, mayordomo, como sabemos, el uno, y el otro alcaide de los escuderos de don Juan, habian tendido asechanzas por sí y por medio de sus satélites, para apoderarse de ella, á Zayda Fatima y ponerla á merced de don Juan, que les ofrecia por ella un tesoro; y de otra parte, el infante don Juan Manuel, tambien enamorado de Zayda Fatima, usaba de todos cuantos medios estaban á su alcance para comprometerla á que fuera su esposa.

Pero ya viniesen las asechanzas de parte del infante don Juan, ya de parte del infante don Juan Manuel, encontrábanse siempre los que las ponian en juego, ya con Zancudo, que se

habia hecho formidable y se habia crecido porque no habia nadie que se le pusiese delante ni por ingenio ni por puños que no fuese conocido y lastimado, ya con Diego de Moron, el Zurdo, que no era rana y obraba á lo albéitar, ya con el mismo Sin nombre ó con la gente que este tenia siempre de una manera cautelosa en resguardo de Zayda Fatima.

La Palomilla se habia resignado con su suerte, porque el ser de su amor se habia deshecho, convirtiéndose en aire; no podia dudar de que Zayda Fatima era mujer, y en cuanto á que el rey de Granada fuese el caballero del Aguila Roja, se habia tambien convencido de una manera tal, que se estremecia siempre que se acordaba de su convencimiento.

## IV.

Y fué que en una ocasion, estando don Enrique con ella como adelantado de Andalucía, en Alcaudete sobre la frontera del reino de Granada, doña Juana dijo á su marido una siesta en que hacia mucho calor, indolentemente reclinada en un blando divan y hermosísima, hasta el punto de que el infante don Enrique, olvidados por un momento sus ambiciosos proyectos, no sabia separarse de ella:

—Señor mio, ¿qué sucederia si enviáseis un mandadero al rey de Granada manifestándole que yo queria ver esa famosa Alhambra, y los jardines del Djene-al-arife, de los Alijares, y de Aynadamar?

—Sucederia, contestó frunciendo el cano entrecejo el infante, que mi amigo Mohamed enviaria á la frontera un wali con un buen golpe de lanzas y esclavos negros para que trajesen unas andas de tela de oro con blandísimos cojines para que fué- seis conducida á Granada, y á mí una rica litera para que os acompañase, y con todo esto vendria un buen regalo de telas preciosas, y de perlas, y de perfumes, y no sé yo cuántas cosas, porque estos reyes moros son muy galanes, y muy espléndidos,



LA BUENA MADRE.

La Palomilla miró con gran contentamiento aquellas galas....

y muy soberbios, y se perecen por la ostentacion, mayormente cuando se trata de damas, la fama de cuya hermosura, como la vuestra, ha llegado á su noticia.

—Pues enviad el mandadero, don Enrique, aunque no sea mas que por ver los presentes que me envia el rey de Granada, y ya que sois tan aficionado á que os den.

Don Enrique, que no podia adivinar la intencion de su esposa, ni temia, por otra parte, que el rey de Granada le hiciese una mala jugarreta, sabiendo que al complacer á doña Juana, que le dominaba, complacia al rey moro, que alguna vez le habia indicado el deseo de conocerla, envió á su canciller con una carta para el rey de Granada espresándole el deseo de su esposa, y el canciller fué y volvió en el mismo dia, porque la distancia de Alcaudete á Granada es corta, y no vino ciertamente solo, sino acompañado de un kaid de caballos y de las cien lanzas gruesas que este mandaba, y de trescientos peones ballesteros pertenecientes á estas lanzas.

Además, venian como una veintena de esclavos vestidos de rojo con argollas de oro, que traian un gran palanquin ó andas, relleno de almohadones, cubierto con tela de brocado, y cerrado con dobles cortinas de damasco.

Asímismo venian, una magnífica hacanea con un sillón de dama, por si la infanta queria usar de ella, y una acémila cargada con dos cofres de rica labor y de madera de alerce, que contenian dentro un sinnúmero de preciosidades.

El walí traia una carta del rey en que este se mostraba muy complacido por el deseo que habia espresado doña Juana de ver á Granada; se lo agradecia mucho, y en muestra de agradecimiento le enviaba, segun decia la carta, un mezquino presente.

Pero aquel presente calificado de mezquino valia muchos miles de doblas, porque contenia algunos trajes completos de sultana, muchas ricas joyas, y cuantos perfumes y afeites de gran coste usaban las damas granadinas.

La Palomilla miró con gran contentamiento aquellas galas, pero con el recelo de que no la viniesen bien.

Quiso probarlo, se encerró en su camarín con sus doncellas,

se vistió completamente á la usanza mora, se puso los collares, los brazaletes y las ajorcas que habian formado parte del regalo, y se presentó á su marido de tal manera deslumbrante, que este no pudo reprimir un movimiento de indignacion.

—¿Y pensais ir así á Granada, señora? dijo.

—¿Y por qué no? contestó doña Juana: así mostraré á ese buen señor que agradézco su presente; y no sé en qué podrá consistir, pero la verdad es que las ropas y hasta los riquísimos borceguíes que me ha enviado, parece que para mí se han hecho, segun que me están bien.

—Nada tiene de estraño eso, dijo el infante, porque preguntándome el rey de Granada cómo érais vos, y como esta pregunta me la hiciera durante un sarao en Djene-al-arife, al que asistian gran número de hermosas damas y las infantas hermanas del rey, señalándole yo una de ellas, le dije: ¿ves la sultana Adija, señor?

—Sí que la veo, me contestó el rey, y por cierto que es una de mis hermanas mas queridas, porque se parece mucho á mi hermana Zayda Fatima, la que está en Castilla con la reina tu señora.

—¿De veras, dijo la Palomilla, se parece mucho esa sultana á la otra?

—Como que son hijas de un mismo padre y de una misma madre, contestó el infante, que no podia dar en el quid de la pregunta de su esposa, y que continuó: pues bien, dije al rey de Granada, mi esposa es tan alta y tan gruesa como la sultana Adija, y tan cierto es esto, que vestidas de un mismo modo y vistas de espalda, no sabia yo decir en el primer momento cuál de ellas era mi mujer.

—Y decidme, preguntó la Palomilla: ¿el rey de Granada se parece á la sultana Zayda Fatima?

—Sí, se conoce á legua que son hermanos.

La Palomilla no se atrevió á preguntar mas, pero se apresuró á ponerse en marcha, y don Enrique, poniéndose tan galano como le fué posible, al meterse su mujer en el palanquin, se metió en la litera, y llevando solo consigo algunas doncellas de

doña Juana y algunos criados suyos, tomó el camino de Granada.

Pero el rey Mohamed, que no estaba muy contento con el infante don Enrique porque este no habia sabido hacer que la venta de Tarifa le fuese otorgada, se habia propuesto dar una mala broma al infante.

A este efecto, un walí, aleccionado, vestido de monfí, esto es, de salteador, con otros treinta ó cuarenta soldados, tambien disfrazados de monfíes, saliendo al camino, dieron de través con la escolta que el rey de Granada habia enviado al infante don Enrique y á su mujer, y como esta escolta y el walí que la mandaba estaban tambien en el negocio, se pronunciaron en fuga, llevándose los unos para atrás al infante don Enrique, y los otros para adelante á la Palomilla con sus doncellas, que estaban gravemente asustadas, porque no podian comprender que el rey de Granada se permitiese tales bromas.

Ello fué que los que habian tirado hácia Granada con doña Juana y sus doncellas, apresuraron el paso llegando prontamente á la ciudad, se metieron por la puerta Elvira, y recorriendo el barrio de la Antequeruela y la cuesta de los Gomeles, dieron en la puerta de Leuxar, que era la primera del alcázar de la Alhambra, y luego en la de la Justicia, que podia llamarse la puerta del palacio real.

Doña Juana se admiró de tanta magnificencia cuando se encontró dentro del alcázar, y comprendió que aquello se habia hecho para el amor y para la armonía.

Llegaron con ella y con sus doncellas al patio de la grande alberca, y el walí llamó entonces á la puerta dorada del harem, que abrió inmediatamente el alcaide de los eunucos, no pasando de allí mas que doña Juana y sus doncellas.

Pasado un vestíbulo precioso y un riquísimo arco festonado, entraron en el admirable patio de los Leones, que entonces, con su sala de las Dos Hermanas, y los baños y los jardines, que ya no existen, constituian el lugar del harem de los reyes moros de Granada.

Siendo de observar, que inmediatamente al harem estaba el panteon donde los enterraban.